

191 Una vida, UNA NOVELA

**ALAN
LADD**

HUERFANO,
TIMIDO Y
SOLITARIO

* * *

EL HOMBRE DURO
DE LA PANTALLA
ES UNA EXCELEN-
TE PERSONA

* * *

CASADO CON SU
AGENTE DE
PROPAGANDA

2
PTAS.



¡De próxima aparición!

SUSAN HAYWARD.—En la escuela de párvulos conoció a un niño, que, como ella, soñaba ya con llegar a ser un gran actor. Jeff Chandler es el nombre de aquel niño. La vida de Susan se ve hoy destrozada por una tragedia matrimonial tal vez única en la historia de Hollywood. Y Jeff Chandler, el amigo de la infancia, acude a consolarla en su desgracia.



¡Están a la venta!

VAN JOHNSON.—Uno de los actores que más han tenido que luchar para conseguir un puesto en Hollywood. Cuando todo parecía haberse solucionado para él, un accidente de automóvil produjo tales cicatrices en su rostro que se temió tuviera que retirarse definitivamente de la escena. Su fuerza de voluntad se ve hoy premiada al ser considerado uno de los mejores actores de la actualidad.

AVA GARDNER.—La estrella que vivió en España una romántica historia de amor. Un actor cómico, un músico, y un célebre cantante intentaron en vano hacerla feliz. Su turbulento matrimonio con Frank Sinatra fue durante un tiempo la página más emocionante de los periódicos de Hollywood.



UNA VIDA, UNA NOVELA

ALAN LADD

- ◆ Hizo sus estudios con Tyrone Power.
- ◆ Su gran deseo es cantar en una película.
- ◆ Sin divorcios ni vida escandalosa.

Volumen n.º 19

de la Colección de Biografías

«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
- Núm. 2. — JOHN WAYNE
- Núm. 3. — HEDY LAMARR
- Núm. 4. — ERROL FLYNN
- Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
- Núm. 6. — MARILYN MONROE
- Núm. 7. — GARY COOPER
- Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
- Núm. 9. — ROCK HUDSON
- Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
- Núm. 11. — CLARK GABLE
- Núm. 12. — LESLIE CARON
- Núm. 13. — GREGORY PECK
- Núm. 14. — GRACE KELLY
- Núm. 15. — FRANK SINATRA
- Núm. 16. — SILVANA MANGANO
- Núm. 17. — VAN JOHNSON
- Núm. 18. — AVA GARDNER
- Núm. 19. — ALAN LADD
- Núm. 20. — SUSAN HAYWART

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

*Derechos reservados
Copyright by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

El cine americano ha puesto de moda el tipo de hombre duro en el que ha triunfado Alan Ladd. Es un tipo fuerte, con rasgos duros, pero deportivo, simpático, poco amigo de bromas, pero que puede ser, al fin y al cabo, un buen compañero. El hombre duro americano no es un hombre sin sensibilidad, ni sin educación, como «el apache». Es simplemente, un hombre dinámico que hace frente a coyunturas difíciles con cierta hombría y con un carácter de reacciones rápidas, espontáneas.

Desde luego, este hombre duro puede ser «gangster». También puede ser detective. No importa que para las necesidades del argumento sea bueno o malo, esté al servicio de ésta o aquella causa. Lo que importa es que sea un hombre que no ríe, que sabe pegar un puñetazo directo cuando hace falta, que es hábil, que dice las palabras justas y precisas y al que no se puede engañar fácilmente. Aunque a menudo no acaba venciendo, a través del relato de la historia consigue triunfos con relativa facilidad. A las mujeres —generalmente rubias y provocativas— no deja de gustarles el hombre duro. Por lo menos, él no juega con romanticismos, timideces, y rodeos de gran mundo. Es un hombre seco, quizá brutal, pero claro en la exposición de sus sentimientos y gustos, directo en el amor, como directo es en la vida.

Ese es el hombre duro del cine. Es posible que éste sea el hombre duro en los Estados Unidos. Desde luego, la definición que hemos dado del hombre duro corresponde a un temperamento tipo,

a una clase de hombre perfectamente definible por la psicología y, además, a un clase que puede darse y se da con frecuencia en América del Norte, país joven, en donde todo conserva la frescura de la juventud. El «malo» no será en esta civilización que viene al mundo el modelo de perversidad que se hallará en los suburbios de Saigón o de París. Para arreglar sus cuentas, el «malo» de América empleará el puñetazo, jamás el puñal o el veneno. El hombre duro del cine americano ha salido de su literatura nacional, y por ello es reflejo de los modales, de las características, de individuos de carne y hueso pertenecientes a la nación americana.

Ahora bien, no todos los «malos» del cine son «malos» en la vida. No todos los hombres duros de la pantalla son los hombres duros en la vida corriente. El reconcentrado, el ensimismado del cine, es con frecuencia un hombre simpático, bueno, casero... Es este el caso de Alan Ladd, un prodigio de adaptación a sus papeles, un milagro de la voluntad de triunfar, una prueba de lo que puede el pertenecer a una buena escuela, el poseer un estilo impecable, el someterse a disciplina de un estudio del carácter humano, profundo y sentido con toda el alma.

Alan Ladd es... un hombre dulce, afable...

Pero busquemos las razones íntimas, el desarrollo, la formación del carácter de este hombre duro de la pantalla que es Alan Ladd. ¿Quién ha hecho el temperamento de Alan Ladd? ¿Quién ha influenciado su vida? Tres mujeres; tres mujeres han contribuido a hacer de Alan Ladd lo que es; lo que es en la vida: un hombre dulce;

lo que es en el cine: el hombre duro más duro de todos los que el cine nos ha presentado, en la actualidad, bajo este sello.

* * *

El hombre reconcentrado de la pantalla nació en un país lleno de luz. De padres americanos, vio luz Alan Ladd en la típica ciudad de Argel, enjambre de razas distintas, cielo límpido, paisaje mediterráneo lleno de colorido. Su infancia desarrollóse felizmente bajo este cielo favorable de un clima templado.

Al regresar su familia a los Estados Unidos, Alan siguió estudios secundarios con sumo éxito en uno de los mejores centros de Norteamérica.

Pero estaba visto que el autor de sus días no podría seguir paso a paso el triunfo de su hijo, pues cierto día, al regresar a su casa, encontró a su querida madre con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te sucede, mamá? ¿Le ocurrió algo a papá? Dime... y no llores, porque me harás llorar a mí, mamáita...

—¡Hijo mío! Papá no se encuentra muy bien... El doctor cree que podrá salvarse, pero...

—¡Mamáita! ¡No!

—Sí... Hijo mío... Hemos de ser fuertes... Tu padre ha luchado mucho... Una vez estuvo ya muy enfermo en Argel...

—¡Dime la verdad! ¿Papá no vivirá?

¡Ina, la valiente y amantísima madre de Alan, ya no pudo contestarle. La abrazó, fuerte, muy fuerte...

A los siete años, Alan Ladd, ya huérfano de padre, trasladóse con su madre, Ina Ladd, a Hollywood, donde con ciertos ahorros que el padre les había legado instalaron un café, que pronto se vio concurrido por los más célebres artistas de la pantalla. Sería por allá los años 20 y 21. El cine mudo estaba en plena creación. Mary Pickford, Chaplin, Douglas Fairbanks, fueron artistas que el joven Ladd conoció de niño en el establecimiento de su madre. La madre de Alan se desarrolló muy bien en la gerencia del negocio e hizo simpática entre el mundo del cine.

Alan fue un hijo espléndido, un verdadero modelo, su amor filial no tenía límites. Además, sentía verdadera admiración por su madre, que había luchado para establecerse dignamente y darle a él una excelente educación. Alan admiraba, veneraba a su madre.

Frecuentó Alan el High School de Hollywood y tuvo como compañero de estudios al galán de la pantalla Tyrone Power, el cual, dicho sea de paso, ejerció las mismas pruebas que Alan para rodar la primera película.

El temperamento deportivo y la fortaleza física de Alan se pusieron ya de manifiesto durante sus estudios. En efecto, Alan y Tyrone Power pertenecieron a diversos equipos deportivos del colegio y de la ciudad. Alan destacó en la natación. Campeón de colegio, fue enviado por sus compañeros de clase al campeonato de natación de estudiantes que se desarrollaba cada año en Harvard. Alan realizó una magnífica proeza; estableció un nuevo «record» en este deporte, batiendo con tiempo mínimo a todos los nadadores en una carrera —

la más importante del campeonato— que se desarrolló sobre cincuenta yardas.

Su nombre fue impreso por vez primera, con grandes titulares, en todos los periódicos de los Estados Unidos.

Más tarde, cuando ya célebre en la pantalla los periodistas le preguntaron cuál fue su mayor sueño de juventud, declaró con frecuencia:

—El ser seleccionado para el equipo americano que había de participar en los Juegos Olímpicos.

Alan lo recuerda, a causa de una intriga que impidió que fuera seleccionado para esta altísima competición internacional.

Los éxitos deportivos, no estorbaron nunca sus éxitos escolares.

Ello redobló el amor y la afección de Ina por su hijo, y, en consecuencia, la devoción filial de Alan.

* * *

Sin embargo, pronto habían de comenzar los sinsabores para Alan. Perdió a su madre siendo muy joven. Sus estudios de Letras ofrecían pocas salidas en aquellos tiempos en los Estados Unidos, que todavía no se habían rehecho de la crisis de 1929. Alan sufrió una depresión moral que le dejó profundamente abatido.

Gracias a la ayuda de un compañero de estudios que había cursado la carrera de Medicina, pudo salir de aquella crisis de juventud.

Este amigo, enterado del estado en que se encontraba Alan, llegóse al humilde departamento en que éste vivía. Alan tuvo la suerte de encontrar en tan difícil trance, no sólo el consejo del ami-

go, sino el del psicólogo, el del doctor que descubrió sin error alguno los gérmenes de la enfermedad que amenazaba hundir en el fango una juventud prometedora...

—Sí, Alan —le dijo su buen amigo—. La pérdida de nuestros deudos no ha de ser para nosotros una barrera que nos impida seguir un camino ascendente en la vida, sino al contrario. Ha de ser un acicate para que no nos rindamos ante la adversidad, pensando que si algo somos se lo debemos a ellos, a sus esfuerzos, a su sacrificio. Hemos de sentirnos orgullosos de nuestros padres, y como hijos que somos de ellos, como carne de su carne, hemos de continuar la obra que ellos empezaron, dándonos una cultura y un sentir de la vida. Tú eres joven, Alan... ¿Te asusta el no haber terminado tus estudios, y no ves el medio de seguirlos?

—En efecto... Tú sabes que mi aspiración máxima era finalizar la carrera... Ahora ya no es posible. Tendré que ponerme a trabajar, en cualquier empleo...

—En cualquier empleo, no. Un hombre de tu formación de tu dinamismo, joven y audaz, puede abrirse amplio camino en el periodismo. Bien sabes que es una profesión honrosa y estimulante... Yo creo que es mucho más apropiada a tus dotes que la medicina...

—Tú crees...

—Lo creo yo, y has de creerlo tú... Anda, ven conmigo... Comeremos juntos, y hablaremos de muchas otras cosas... Por cierto: ¿recuerdas aquella rubita que estudiaba con nosotros, aquella a la que llamábamos «Bomboncito»...?

Fue así como Alan trabajó de periodista cierto tiempo, aportando al periodismo su temperamento enérgico, batallador, dinámico, y su profunda cultura. Alan fue un trabajador incansable: siempre a la búsqueda de noticias nuevas, de temas de amplios reportajes, llegando a alcanzar cierta celebridad en el seno del Estado de la Confederación americana donde ejercía. Hombre poco satisfecho de sí mismo, buscaba siempre algo que pudiera hacerle mejorar de condición. En sus horas libres actuaba como representante de ventas de una empresa de refrigeradores, aparatos domésticos, duchas, etc.

Además, frecuentaba un curso de Arte dramático en donde se perfilaban aficiones que habían de abrirle luego paso hacia su gran carrera.

Cuando ya huérfano de padre y madre, Alan Ladd probaba de defenderse en las armas del periodismo, publicó un día un artículo en el que declaraba que la imagen de su madre no podía borrarse de su alma y que su mayor ambición era parecerse, en tesón, voluntad organizadora e inteligencia a su Ina adorada.

Alan sentía la necesidad del amor materno más allá de su adolescencia, y por ello su crisis de depresión tuvo algo de patológico: se sentía un niño frente al mar de la vida, un niño perdido en la dura batalla para ganarse la consideración y el respeto... Su personalidad se hallaba a punto de naufragar. Los esfuerzos de su amigo, el doctor que logró hacerle vencer su estado depresivo, se

concentraron en un estudio psico-analítico del carácter, en una llamada a su conciencia de hombre, en un despertar de sus gestos más vivos y hombríos. Así se explica cómo este muchacho tímido y dulce que es Alan Ladd, manifiesta su personalidad artística sorprendente a través de los caracteres de un hombre duro.

Las magníficas fuerzas físicas, la salud, en una palabra, de Alan habían de ayudarle a vencer esta crisis pasajera en su juventud, que a lo mejor, marcó el destino de su vida. De un hombre tímido, esta crisis hizo un luchador.

* * *

Pero, los destinos no se presentan tan sencillos, y, además de su indiscutible voluntad de lucha y ánimo de triunfo, otras diversas cosas habían de influir en la carrera de Alan. Durante sus estudios ya hemos dicho que Alan fue campeón de natación de su colegio. El equipo de la High School de Hollywood alcanzó una fama merecidísima en los Estados Unidos. Los productores cinematográficos, hombres prácticos y siempre a la búsqueda de novedades, precisaban equipos de jóvenes deportivos para actuar como extras o representar papeles cortos de conjunto, en películas que se estaban rodando. ¿Qué cosa más sencilla que recurrir a los equipos existentes en Hollywood?

Además, los muchachos de High School tenían ya cierta práctica de artistas. En su colegio y en diversos escenarios de la ciudad, habían representado piezas teatrales y revistas de music-hall.

Se les llamó para exhibirse como equipo depor-

tivo, y especialmente de natación, en la producción cinematográfica de la famosa obra americana «The Mikado», sobre costumbres japonesas.

Al poco tiempo, encontrándose un día Alan Ladd y Tyrone Power de suplentes en su equipo, salió de nuevo a relucir su posible participación en las producciones de los grandes estudios. Tyrone le dijo:

—Me han asegurado que son varios los directores y «cazadores» de estrellas que insisten en que hay que lanzar producciones con valores nuevos.

—¿Tú crees?

—Sí, sí... Y opino que ésta puede ser nuestra oportunidad.

—Quizá tengas razón... De hecho, nosotros tenemos la ventaja de que ya les causamos una magnífica impresión en «The Mikado».

—Tú lo has dicho... Nosotros trajimos a los estudios algo de lo que carecía el cine: ¡Naturalidad! Y un espíritu deportivo en la actuación. Tú verás como en el cine del futuro los galanes no podrán ser ya de otra manera...

Fue entonces cuando se presentaron a ciertas pruebas: Ambos fueron rechazados por carecer, según la opinión del director que les probó, de dotes suficientemente artísticas.

Pero a los pocos meses se les llamó a los estudios y se les confirió un papel en una película.

La decisión de emplearles fue tomada después del siguiente diálogo entre el productor y el director de producción.

—Parece mentira que con el tiempo que anda usted probando jóvenes, no haya encontrado ninguno que nos sirva.

—No se me ha presentado un actor verdadero. Los jóvenes de hoy no tienen la solera de los de ayer. Hace unos años cualquier estudiante sentía hervir en él la sangre de actor.

—Si pudiéramos localizar algún muchacho de los que intervinieron en «The Mikado». ¿Conoce usted a alguien de la High School? De aquella magnífica generación de campeones, claro está.

De esta manera Tyrone Power y Alan Ladd penetraron en la carrera cinematográfica.

* * *

Pero Alan Ladd no consiguió más que papeles cortos, intervenciones fugaces, cuando no papeles cortos en cortometrajes.

Otra mujer intervino en la vida de Alan Ladd y en la formación de su temperamento artístico.

Alan decidió perseverar en su carrera artística y, hombre modesto, quiso perfeccionar su arte. Y lo estudió concienzudamente y trabajosamente. Ingresó en una academia de arte dramático, en donde tuvo la suerte de encontrar a una excelente profesora: Isabel Grey.

Isabel Grey era famosa por sus métodos educacionales. Analizaba, con ayuda de diversos tests, las capacidades de los alumnos. Si los creía dotados, les permitía continuar su carrera. Sino, no les enseñaba más, orientándolos hacia otras ocupaciones.

Además, en seguida se daba cuenta del género que más convenía al estudiante o aprendiz de artista.

Isabel Grey sometió a Alan Ladd a un estudio

prico-analítico que dio como consecuencia la revelación del carácter y de los complejos que tanto habían contribuido a su desarrollo temperamental.

En el caso de Alan, éste no estaba muy convencido de la eficacia de tales métodos, y naturalmente, se lo dijo:

—La verdad, señora Grey. Me da la impresión que lo que hace usted es tomarme el pelo.

—Alan... Si no tiene usted confianza en mis métodos es mejor que vuelva al periodismo.

—Bueno...

—No sea usted cazurro. En usted hay pasta de gran actor... Pero hay que estudiar dónde puede dar el máximo rendimiento. Yo creo que usted no es tan galán como usted mismo cree.

—Lo temía. Otra vez el periodismo...

—Cállese y créame. Tengo la convicción de que usted es el tipo ideal para interpretar al hombre duro...

—¡Imposible...!

Como consecuencia de estos estudios de carácter, Isabel Grey orientó a Alan hacia el estudio de papeles de interpretación de hombres duros. Las facultades físicas de Alan se armonizaban perfectamente a la noción literaria y filosófica del hombre duro americano.

Ya orientado en esta vía, Alan aprendió boxeo, lucha libre, manejo de armas y mantuvo su «forma» física con gimnasia adecuada y ejercicio. Alan renovó sus proezas de campeón y varias entidades deportivas le ofrecieron, en esta ocasión, contratos más alagüeños que los que tenía en el cine. Pero Alan era hombre de inmensa voluntad y ya no se apartaba de su deseo de triunfar en el

cine. Habían pasado ya los años en los que su principal ilusión era participar en los Juegos Olímpicos mundiales. En adelante, Alan se promete a sí mismo ir a los Juegos Olímpicos como espectador y turista cuando haya adquirido ya la celebridad. Alan es un muchacho optimista.

Para sufragar sus estudios recurre a todos los trabajos, por pequeños que sean, que tengan una relación con la vida de artista. Además de aceptar papeles cortos en las películas, ejerce diversas funciones en los estudios, lo que le permite observar el juego de los «grandes del cine».

Es también actor de teatro, de radio. En la radio, llega incluso a prestar su voz a los anuncios más populares.

Y a la radio, y a otra mujer —Alan Ladd lo deberá todo decididamente a las mujeres— deberá su triunfo definitivo. De la radio le cazó Sue Carol; su empresaria, su profesora definitiva, su mujer...

* * *

¿Quién es Sue Carol? ¿Quién era esa mujer audaz, inteligente, atrevida, que se ponía ante el destino de Alan Ladd? Sue Carol fue la pitonisa que adivinó en la frente de Alan un porvenir maravilloso, fue la mujer que tuvo fe en Alan, fue la mujer que vio claro en la vida del joven artista.

Sue Carol había sido actriz de teatro y artista de cine. Había interpretado numerosas películas y había contraído un primer matrimonio con otro actor de la pantalla, del que tuvo una hija: Lee Sue. Nació Sue Carol en 1908, es decir cinco años antes que su actual esposo: Alan Ladd. Sue Carol

poseía una excelente experiencia del «plateau» y de los pormenores comerciales y publicitarios del cine. Cuando conoció a Alan Ladd dirigía una agencia de colocación de artistas. Conocía a numerosos productores y directores de películas, manejaba a la perfección todos los resortes e hilos secretos de Hollywood. Nadie mejor que ella para lanzar a un artista. Alan Ladd confiaba en su propio valor y no había recurrido nunca a los servicios y artimañas de un agente artístico. Sue Carol descubrió a Alan Ladd a través de una emisión radiofónica. Fue a visitarle, a ofrecerle sus servicios. Alan la recibió un tanto escépticamente. A pesar de su timidez natural, de su candidez, Alan había tenido ya que luchar por la vida, y, en el fondo, era un hombre circunspecto. Aquella mujer venció todas las resistencias. Logró convencerle con su dinamismo, con su simpatía, con la fe que afirmaba poseer en el porvenir de Alan. Era como un enviado providencial que indicaba a Alan el camino del triunfo. Lo que acabó de convencer a Alan fue la visión exacta que Sue Carol poseía de su personalidad. Sue había coincidido en la misma apreciación que sobre el temperamento y carácter artístico de Alan hicieron anteriormente su doctor y amigo y su profesora Isabel Grey. En efecto:

—Necesito un hombre duro. Un verdadero hombre duro. Los productores andan buscando desesperadamente al protagonista ideal para su obra: «Tueur a gages». Usted es el hombre —dijo, con energía Sue.

—¿Usted cree que yo tengo realmente cara de asesino? —preguntó irónicamente Alan.

—Usted tiene cara de un niño mimado.

—Mi vida ha sido dura hasta ahora, a pesar de lo que usted diga.

—Pero no le ha faltado cariño y protección.

—Hasta cierto punto.

—Lo cierto es que usted es todavía el niño por excelencia. El hombre que necesita protección. No me refiero a una protección comercial. No se enfade conmigo. Quiero decir protección maternal.

—¿Y a este niño, le llama usted el hombre duro?

—Claro. No hay en ello ninguna paradoja. Todo ser necesita equilibrio. A los seres realmente «duros», les falta dulzura. A los seres «tiernos», les faltan emociones fuertes, lucha, combate.

—Yo no la entiendo. ¿Yo que soy? ¿A mí qué me falta?

—Usted es un hombre tierno. Por esto realizará en la pantalla el hombre duro. Al interpretar tales papeles, usted logrará el verdadero equilibrio de su vida.

Es la necesidad de compensación. Nietzsche, que fue en cierto modo el apóstol de la violencia, hubiera sido un poeta idílico y suave de haber sido, en la vida, un hombre fuerte. De su naturaleza enfermiza salió la filosofía de la potencia y de la energía agresiva.

Las primeras figuras de la pantalla no escapan a esta regla general de todos los hombres.

Por ello, su secreto es este: ser en la pantalla diferentes de lo que son en la vida real. De ahí, el interés enorme que despiertan sus biografías. Puede decirse que todos los hombres que destacan en cualquier orden que sea de la vida social, son un caso interesantísimo de estudio psicológico. Su

análisis nos produce siempre sorpresas. Los motivos, las razones de sus éxitos, pasan siempre por caminos inadvertidos. Lo único que tienen de común estos seres de excepción es la voluntad y la capacidad de trabajo.

Algunos acaban por revelar su verdadera personalidad. Tal es el caso de Charles Chaplin, el genial actor de la pantalla que después de haber creado el famoso Charlot, el hazmerreír de toda una generación, se nos ha mostrado en las películas de su edad madura como un actor humanísimo, profundo, sentimental, acabando por ser el «hazme llorar» de nuestros días, con esa sensibilidad y ese acierto que sólo Charles Chaplin puede lograr actualmente.

* * *

La primera película en la que Alan Ladd realizó el papel de protagonista, «Asesino a sueldo», con Verónica Lake, alcanzó un éxito fenomenal. Las predicciones de Sue Carol se habían cumplido plenamente. El verdadero hombre duro de la pantalla había nacido. La película fue presentada como una gran producción y Alan Ladd fue el hombre del día. Su fotograma dio la vuelta al mundo. Se hicieron toda clase de pronósticos favorables sobre el futuro del excelente artista. Alan había sido lanzado.

La Universal Pictures, la Warner, la R. K. O., la Paramount, se disputaron al genial artista.

La cotización pecuniaria de Alan Ladd subió al firmamento donde se sitúan los contratos de los grandes artistas.

Alan Ladd era el hombre duro número uno de América y, a través del cine, del mundo.

Actualmente lleva rodadas más de treinta y cinco grandes producciones, entre las que destacan: «Lucky Jordan», «La dalia azul», «S. O. S.», «Calcuta», «Saigón», «El capitán Carey», «La montaña encarnada».

Por necesidades del rodaje, Alan Ladd ha viajado ya a Europa, Asia, África y Australia.

La fortuna de Alan es considerable. Últimamente, para escapar a los grandes impuestos americanos, ha realizado películas en el Canadá, en Francia, Inglaterra, Italia...

Alan Ladd es un actor verdaderamente internacional y cosmopolita.

Las mujeres han sido las admiradoras más feroces de este nuevo galán.

Pero Alan Ladd es un caso verdaderamente excepcional en los anales de la crónica mundana del cine. Mil rumores de flirteo cundieron alrededor de su simpática figura. Las principales artistas de la pantalla, las reinas de la belleza de los Estados Unidos, buscaron su amistad y aprovecharon todas las ocasiones para dejarse fotografiar junto al bello «hombre duro». Pero la cosa era difícilísima. Alan no acudía a las reuniones mundanas, no asistía a «surprise-party», ni a tés danzantes; no frecuentaba cabarets, ni espectáculos nocturnos. Pronto se supo que Alan era el artista más austero de Hollywood. Se acostaba temprano, su alimentación era casi vegetariana,

no bebía whisky, ni cerveza. Su principal bebida era la soda. Se le llamó, sin razón alguna, misántropo. Y a pesar de ello, Alan conservaba siempre el buen humor y era para sus compañeros el mejor de los amigos. Siempre dispuesto a hacer un favor; su charla era amena, sus propósitos divertidos.

La única manera que poseían las «lindas cazadoras de artistas» para sorprenderle frente al objetivo era frecuentando los clubs deportivos, las piscinas de Hollywood o de Los Angeles, y el «Palm Beach» de San Francisco. Alan continuaba adorando el deporte y la natación.

No tuvo flirts de soltero, y quizá es el único artista de cine americano que no se ha divorciado. Alan es, hoy por hoy, un marido ejemplar.

Y con ello, abrimos el capítulo del amor en la vida de Alan Ladd.

Alan precisaba hallar en su compañera un temperamento enérgico, audaz, decidido, que contrastara con su dulzura habitual. Si el cine ha conseguido, al conferir a Alan papeles de hombre duro, equilibrar a este «niño» de aspecto tierno, solamente el amor y la vida matrimonial con una mujer que contrastara con él podían lograr su felicidad.

Y esta mujer providencial que ya había empujado a Alan hacia el triunfo, era la misma que luego había de hacer feliz al joven artista en el matrimonio, un matrimonio único en Hollywood por su fidelidad, por el ejemplo constante de austeridad y comprensión mutua que dan a la sociedad cinematográfica.

Alan estuvo siempre sostenido moralmente por

mujeres un poco mayores que él. Los psiquiatras dirían que en Alan se repite la célebre toria donjuanesca del doctor Marañón. Sabido es que el célebre doctor español sostiene que Don Juan va de mujer en mujer buscando a través de ellas la imagen de su madre. Es lo que llama Freud el complejo de Edipo. No se da el caso del donjuanismo en Alan. Es un hombre formal, correcto, cabal. Pero Alan coincide con la definición anteriormente expuesta en su incesante búsqueda de amor maternal, de amor protector, de amor inspirador y alentador en la prosecución de su lucha y de sus fines artísticos.

Alan amó fanáticamente a su madre. Ella ejerció con su inteligencia y atractivo natural una influencia grandiosa en el desarrollo espiritual de Alan. En adelante, agradecerá toda protección maternal, Isabei Grey, su profesora, era más vieja que él. Cuando Alan se enamoró lo hizo de una mujer de carácter y experiencia.

Sue Carol fue la mujer escogida por Alan Ladd. Aunque no le avanzaba más que cinco años, Sue era una mujer de aspecto voluntarioso, decidido. Todo lo que Alan tenía de artista, Sue lo tenía de «hombre de negocios». Por eso había abandonado la carrera cinematográfica. Ella estaba hecha para luchar con los productores; su visión de las posibilidades comerciales de una artista, de un guión, la habían situado entre los primeros «managers» de los Estados Unidos.

Según cuenta Sue, declararse, lo que se dice declararse, Alan no lo hizo. Llegó un momento en que ambos estaban convencidos de que habían nacido el uno para el otro, pero ¿quién iba a de-

cirle a quién que le quería, que estaba perdidamente enamorado?

Por otra parte, ni Alan era un imberbe ni Sue una adolescente. Hemos descrito ya el carácter y la personalidad de ella para que el lector sepa a qué atenerse respecto a cómo tenía que comportarse en una cuestión que de lo meramente comercial, artístico incluso, pasaba a lo sentimental.

Además, Sue no era una chica soltera que espera encontrar a su primer amor, o a su gran amor, sino que había enviudado y era madre ya de una preciosa chiquilla...

Parece que la cosa se arregló así:

Cierto día llegó Sue de los estudios con una renovación de contrato verdaderamente formidable. Alan no podía creer que hubiese convencido al productor para que le abonara tan enorme suma.

—¡Es fantástico, Sue... fantástico!

—¿Fantástico? ¡La pura verdad! Dinero contante y sonante...

—Casi no comprendo cómo puedes haberles convencido...

—Pues muy sencillamente, demostrando que eres el mejor hombre duro de América.

—¿De verdad lo crees así?

—¿Crees que lo diría con tanto entusiasmo si no lo creyera así?

—¡Es tu misión, Sue...!

—Es cierto, es mi misión, Ladd. Pero para defender a un hombre como el mejor característico, para demostrar a las productoras que no hay hombre duro en América con tus cualidades artísticas, con tu personalidad única, hay que tener

fe en ti... Hay que creer que ello es verdad. Hay que estar convencida de que seguirás un camino de perfección ascendente, y no de enquistamiento. Hay que haberte estudiado a fondo y comprendido en lo más íntimo de tus reacciones y sentimientos, Alan.

Alan, que no había querido interrumpir el ardoroso discurso de su bella representante, y que creía en sus propios méritos artísticos y personales, la miró sonriente y le dijo:

—¿Has dicho sentimientos?

—Sí, Alan... Tus sentimientos... buenos, nobles, afectuosos, hacia mi persona... ¿No crees que he de corresponder a ellos con el mismo cariño? Dime, ¿no crees que lo mereces?

Alan fijó de nuevo la profundidad de su mirada en sus bellos ojos, y finalmente murmuró:

—Dime, Sue... ¿Te gustaría que te correspondiese con este cariño, superado hasta el infinito, toda la vida?

—¡Oh, Alan, qué feliz me has hecho!

Y un fuerte abrazo unió a la feliz pareja, que empezó así toda una vida de dicha.

Alan Ladd llevó a la unión su sentimentalidad, su bondad afectuosa; Sue era la dureza combativa, la inteligencia que conocía el camino del triunfo, con sus peligros y sus tentaciones, con las habilidades que precisaba emplear para aprovechar los éxitos. La unión no podía resultar más perfecta. No se trataba de una de esas uniones artísticas en las que la competencia y los halagos que am-

bos cónyuges reciben, cada uno por su parte, destruyen poco a poco la armonía necesaria y acaba con el matrimonio.

En el caso de Alan Ladd y Sue Carol los dos se completaban. Los dos tenían una visión exacta de su porvenir; el mismo ideal, los mismos objetivos.

En Sue Carol, Alan encontró el acicate que le impulsó hacia la consagración definitiva de su carrera. En la vida del hombre, la mujer ha ejercido siempre una influencia decisiva.

Sue Carol y Alan Ladd se adoran tiernamente. Sue ha consagrado la vida enteramente a Alan. Pronto abandonó su agencia de contratación de artistas y organizó el secretariado de Alan. Es la mejor «business» o empresaria de los Estados Unidos. Ella cuida de los contratos de Alan. Le procura papeles en las películas. Le cambia de productor. Discute con los jefes de negocio de las grandes firmas. En una palabra, realiza el esfuerzo comercial del artista. Además, dirige la publicidad del joven hombre duro.

Un día llegó Alan del estudio algo pensativo. Sue lo notó en seguida y quiso aclararlo.

—¿Qué te pasa, Alan?

—¡Nada!

—Imposible... Algo te sucede. A otros podrás engañarles, pero a mí no... ¿Es alguna mujer?

—Ya sabes que para mí sólo existes tú.

—Lo sé, pero... Habla... explicate.

—Pues ahí va. Hoy he tenido que escuchar que hay ciertos hombres duros que sólo usan pantalones en los estudios... porque en casa los lleva la mujer.

- ¿Y tú qué opinas?
 —Que van muy equivocados... Es al revés...
 ¡Ella los lleva en los estudios!
 —De acuerdo Alan... ¡Y a ver si sonríes!

Alan recibe millares de cartas diarias de sus admiradoras. Tiene tres secretarias y Sue Carol, no mostrándose en nada celosa, hace contestar a todos los mensajes de simpatía y solicitudes de autógrafos y fotografías que recibe su esposo. Sue vigila que en cada carta que ha de firmar Alan, el despido sea más que cortés, afectuoso. Alguna vez siente el resquemor de toda mujer amante ante la avalancha de notas de admiración que Alan recibe de sus múltiples admiradoras pertenecientes al sexo bello. Pero, Sue supera con serenidad y decisión tal estado de ánimo. Sabe que es amada por Alan y ello le basta para procurarse esta sensación de seguridad que sólo los amantes perfectos, los matrimonios felices y estables, sienten.

Alan corresponde a esas pruebas de afecto y cariño de su esposa con un amor profundo, y, a su vez, se ocupa con atención y esmero de los bienes del hogar, una hacienda que con los ingresos del joven artista han podido reunir y que Alan, desde el primer instante, ha considerado como el bien común.

Alan ensaya todos sus papeles bajo la mirada vigilante y observadora de Sue. El hombre duro de América sabe que puede confiar en el sentido crítico y artístico de su esposa.

En la intimidad, Alan llama a su esposa Honey,

que significa miel, mientras que Sue llama a Alan, Laddie, diminutivo de Ladd.

Alan ha dado pruebas de amar la vida tranquila del hogar y de la campiña, viviendo otra de sus paradojas. Su vida íntima es contraria absolutamente a la dinámica y agitada que representa en la pantalla. Los amigos verdaderos de Alan no son detectives y gangsters, ni artistas de cine. Sus compañeros son sencillos granjeros y gente de campo del famoso Oeste americano. Un Oeste, de todas maneras, lleno de comodidad, que en nada se parece al abrupto de sus paisajes, ni a la violencia de la vida del cow-boy que el cine ha popularizado.

Alan posee una granja cerca de Hollywood. Una granja rodeada de todos los adelantos modernos, poseedora de maquinaria agrícola y para el cultivo de la avicultura, eficaz y espléndida para lograr amplio rendimiento. En esta hacienda ha instalado su propio domicilio, teniendo en Hollywood el despacho de negocios que es regentado por su esposa.

Alan, cuando no rueda en el extranjero o lejos de California, se ocupa de su granja con todo cariño y a ella dedica sus principales esfuerzos.

En la granja se crían unas cinco mil gallinas, según los procedimientos de avicultura más modernos. Alan Ladd es uno de los principales proveedores de huevos de las cantinas de los Estudios cinematográficos de Hollywood. Su economía es simple, honesta; podemos decir que Alan es un

excelentísimo administrador y en su negocio no hay desperdicios.

Hace tres años que es propietario de esta granja, y entre sus ingresos como actor y su negocio rústico, hoy se considera a Alan como a una de las principales potencias económicas de California.

Alan se levanta muy temprano. Considera como un pecado o un delito de lesa sociedad el levantarse a las diez de la mañana. Temprano, se dedica ya a dirigir las operaciones de sus trabajadores. El mismo acude donde se presenta un problema a resolver. Cuida especialmente de la salud de sus aves de acuerdo con el veterinario de la localidad, que trabaja casi exclusivamente para la granja Ladd-Sue. Se ocupa del transporte de los productos de la granja a Hollywood, del previo embalaje, cuyas operaciones parecen las de una fábrica. Vigila los controles sanitarios.

Sin embargo, declara que le es difícil hacer trabajos manuales de reparación de las averías de sus hangares, lo que no es problema en su negocio, pero sí en su hogar, ya que sabido es que los hombres americanos ayudan a sus esposas y substituyen a menudo, a todos los cuerpos de oficio en las cosas del hogar. Un americano, desde el Presidente de la nación al más humilde trabajador, es en su hogar un poco electricista, un poco carpintero...

Alan ha manifestado, sin embargo, que ayuda perfectamente a su esposa en las labores de cocina.

Alan no es muy comedor. Exige de su esposa que le acompañe en todas las colaciones, cosa rara en los Estados Unidos, en donde la vida de

intensa actividad no es muy propicia a la reunión de las familias en todas las comidas.

Por la mañana, Alan toma simplemente una taza de café. Su almuerzo es regular, pero su cena se compone simplemente, a menudo, de un buen bistec con patatas.

* * *

El negocio de producción de cine que alguien ha sugerido a Alan, no le ha tentado todavía. Alan y Sue son personas prudentes, a pesar de su sentido de las iniciativas. Cuando quieran meterse a productores, los esposos Ladd-Sue tendrán asegurado el éxito.

Alan no olvida, en este ajetreo que lleva desde los Estudios al campo y desde el campo al extranjero, el sentido poético de la vida. Su alma, a pesar de su organización matemática del horario de sus diversas ocupaciones, vive todavía los sueños de una juventud ardiente y entusiasta. Y, en los atardeceres aterciopelados del Oeste americano, en su granja, ante los paisajes impresionantes de California, o en las playas del Pacífico, Alan entona una canción. Ya que, actualmente, su principal pasión es cantar, y, según él mismo ha declarado en recientes manifestaciones a la prensa, su mayor ilusión sería cantar en una película.

No han considerado los productores, hasta hoy, poder satisfacer los deseos líricos de Alan. Según ellos, un hombre duro no puede soñar.

Como Chaplin, lo mejor de este «hombre duro» es que terminará su carrera artística representando

lo que realmente es en la vida: un muchacho romántico, enamorado de la belleza y del hogar. El turbulento Alan Ladd de la pantalla, es, en su alma, un remanso de paz.

Alan se reúne frecuentemente con sus compañeros de campo, los clásicos y tradicionales vaqueros, y canta sus canciones del Far-West. Alan compone sus creaciones, letra y música, y es considerado por sus amigos como un auténtico trovador moderno.

El hecho de que Alan siga portándose como el marido perfecto, no quiere decir que, últimamente, no hayan circulado rumores de que la tan propagada felicidad hogareña del matrimonio estaba en crisis. Estos rumores tomaron cuerpo a raíz del matrimonio de la hija fruto del primer matrimonio de Sue, la bellísima Carol Lee.

La boda con la cual Sue y Alan ganaron un nuevo hijo, fue causa de que por vez primera se tambaleara la paz de aquel hogar modelo.

Una de las fases más felices de la vida de Sue y Alan, fue la boda de su hija Carol con el joven actor Dick Anderson.

La ceremonia tuvo lugar de noche, en el jardín de su magnífica mansión de Holmy Hills, y Alan no escatimó gasto alguno para que la boda se recordara como una de las más fastuosas celebradas por la hija de un astro de la pantalla.

Alan dispuso que el altar se montara en el jardín y se cubriera con un toldo de celofán a modo de marquesina, a través del que se distinguía la estrellada bóveda celeste. El altar se adornó con miles de blancas gardenias que, debidamente iluminadas con potentes focos, daban a la ceremonia

un aire de ensueño. Asistían a ella, en calidad de invitados, más de quinientas estrellas, astros y magnates del cinema, así como la flor y nata del periodismo cinematográfico hollywoodense.

El cortejo, desde la magnífica mansión de los Ladd hasta el altar, debía pasar por un puente que se había tendido sobre la piscina, todo alfombrado de satén blanco.

Abría el paso el grupo de damas de honor, constituido por las más bellas amigas de la novia, vestidas todas de blanco y llevando grandes ramos de flores blancas.

Detrás de ellas, venía Alana Ladd, hermana de la novia, a quien acompañaba Bob Anderson, hermano del novio. Seguiales el pequeño David Ladd, de siete años de edad, vestido de frac negro y gardenia en el ojal, el cual llevaba los anillos sobre una almohadilla de satén blanco, y tras él, la monísima Bonnie Carstenson, de cinco años, que sembraba de flores el camino de los novios, que venían acompañados de sus padres.

La alegría y la satisfacción se reflejaban en el rostro de Alan Ladd, que llevaba de su brazo, más que orgulloso, a la bellísima novia, convertida en una vaporosa visión de tules y brocados. Una periodista famosa aseguró en una de sus crónicas que los ojos de Alan y Sue se humedecieron con unas lágrimas cuando Carol contestó con el «sí» de ritual.

Después, se retiró el altar en breves momentos, y como por arte de magia el bello jardín se convirtió en un gran restaurante nocturno al aire libre, con buenas pistas para bailar a los sonos de la más completa orquesta de los Estudios.

Esta gran fiesta dio pábulo a unos rumores que comentaremos seguidamente.

A la mitad de la fiesta, Alan se cansó de vestirse de etiqueta, y sin consultarlo a su esposa, cambióse de indumentaria y se presentó cómodo y fresco nuevamente entre los invitados. Hay quien asegura que Sue Carol le recriminó su proceder, y que a Alan no le sentó muy bien la recriminación. Entonces optó por seguir la fiesta divirtiéndose de lo lindo, especialmente en compañía de la bellísima June Allyson.

El martes después del matrimonio, finalizada ya su película «La historia de los McConnell», Alan puso en marcha su coche y partió solo hacia el Club de Golf Rancho Santa Fe, a cien millas de su hogar.

Ello motivó que al día siguiente Sue Carol partiera hacia Las Vegas acompañada de unos familiares, una amiga y su hija Alana. Por primera vez en la historia de un matrimonio perfecto, que llevaba catorce años de paz conyugal, la sombra de una ruptura se alzaba ante la hasta aquel moment unida y feliz pareja.

Cuando Sue y Alana regresaron a su casa, el domingo siguiente, él no había vuelto, por lo que decidieron partir hacia el Rancho Santa Fe, donde encontraron a Alan enfermo.

Al comprobar que Alan se había contagiado la gripe que había mantenido a Alana en la cama antes de la boda, Sue alquiló una casa y se dispuso a cuidar a su marido.

Entonces el matrimonio decidió que Alana regresase a Hollywood, dejándoles de nuevo solos, para

cimentar nuevamente la felicidad de un hogar que se estaba desquiciando.

Al regresar a Hollywood Sue declaró:

—Podemos asegurar que jamás nos separaremos. Es imposible deshacer una unión que ha gozado de la más grande felicidad durante catorce años...

Y ahora, en el rodaje de un nuevo film sigue demostrándose que Sue es imprescindible a Alan, pues no pasa día sin que a la hora del almuerzo Sue le espere en su camerino para compartir la comida que sus propias manos le han preparado.

Así es como Sue conserva el cariño de Alan... metiéndose en la cocina. Exactamente como lo conservan millones de esposas de todo el mundo... Algo prosaico, pero de evidente realidad. Quizá sea éste el verdadero secreto de la felicidad del hogar más feliz de Hollywood.

Y así, sencillamente, hemos de acabar esta narración sobre la vida íntegra y austera de Alan Ladd.

El tierno y dulce Alan, que, como un niño que juega a ladrones y a policías, que imagina en sus sueños historias truculentas, interpreta en la pantalla el papel terrible y feroz de... un hombre duro, que no asusta a sus dos hijos: David y Alana, a los que educa con las tradiciones del Far West y para los que acaba de comprar un rancho cerca del suyo.

Padre y esposo ejemplar, una intensa voluntad de trabajo, un afán de perfección, una adoración sin límites por su esposa, le definen. En el mundo agitado y frívolo del cine, Alan es el hombre consecuente.

Así es ALAN LADD

Antes de ser actor de cine, Alan Ladd ejerció la profesión de periodista. En cierta ocasión publicó la noticia de la muerte de un conocido industrial. Pero por lo visto Alan estaba equivocado, pues al día siguiente se presentó ante él el presunto cadáver, que se hallaba en perfecto estado de salud.

La sorpresa de Alán fue enorme, y, sin darse cuenta de lo que decía, exclamó:

—¡Cuánto lo siento! No me gusta rectificar.

Un periodista le preguntó Alan Ladd:

—En su opinión, ¿cuáles son las mujeres más fieles, las rubias, las pelirrojas, las morenas, las...?

—Las de cabellos grises —interrumpió Alan.



án a la venta!

PECK

El alto y desgarbado muchacho que se abre paso en el arte, terminando por ser uno de los hombres más admirados por las mujeres de todo el mundo. Después de 15 años de matrimonio, Gregory Peck siente de pronto una pasión extraña por una periodista francesa, veinte años más joven que él.



FRANK SINATRA

Pequeño, flacucho y feo, pero con una voz cálida y expresiva como pocas, Frank Sinatra consigue el amor de mujeres extraordinarias como Ava Gardner. Su vida se ve atormentada por su carácter difícil y complicado. Las pasiones le arrastran con una fuerza que él se ve incapaz de resistir.

GRACE KELLY

¿Qué encanto misterioso posee esta mujer? Los galanes más veteranos y famosos que han trabajado con ella, terminan captados por su profundo hechizo, y algunos enamorándose de ella. Bing Crosby, Clark Gable, Gary Cooper, Ray Milland, James Stewart... Sus triunfos en el cine, han culminado con el «Oscar» concedido este año. Un relato interesante como la propia vida que narra.



FINA

TITULOS EN PRENSA



ROBERT TAYLOR

Comenzó a ganarse la vida como componente de un trío musical, pero el destino decidió ser benévolo con él. Su carrera cinematográfica ha sido fácil y rápida. Durante once años fue feliz al lado de Bárbara Stanwyck. No obstante, el matrimonio se deshizo inesperadamente. Ursula Thiess, una actriz alemana poco conocida, es su segunda esposa.

RITA HAYWORTH

Hija de un bailarín español, comenzó a bailar como profesional a los catorce años de edad. Su primer marido la convirtió en la maravillosa mujer que es en la actualidad. Orson Welles le dio cultura y refinamiento, y Ali Khan la hizo princesa. Finalmente, ha encontrado la felicidad al lado del cantante Dick Haymes.



TYRONE POWER

A pesar de haber sido educado en un buen colegio, la vida le fue tan adversa que tuvo que emplearse en un teatro como acomodador. Más tarde, ya convertido en gran actor, tuvo un idilio con Sonia Heine, que no terminó en boda porque Tyrone se sintió de pronto atraído por Anabella. Años después, entró Linda Christian en su vida. Hoy, no tiene a su lado una mujer que le comprenda.

JUDY GARLAND

La historia de una gran actriz que estuvo a punto de destrozarse su carrera al no saber dominar el nerviosismo ni controlar la excitación producida por unos comienzos demasiado rápidos. Un agente de publicidad se enamoró de ella cuando ya se la consideraba una estrella perdida, consiguiendo colocarla de nuevo en el puesto que ocupó en los Estudios.

